



DOMINGO 10 DE MAYO DE 1868.

REVISTA DE LA SEMANA.

Barcelona ofrece á España el risueño espectáculo de sus Juegos florales. Desde las mas remotas comarcas de la Península acuden con entusiasmo los afortunados hijos de las musas, que desean medir sus fuerzas en aquel palenque abierto á las inocentes lides poéticas por la noble capital del Principado. Ved cómo se empaquetan en el coche de un ferro-carril, cuya velocidad iguala á la del mismo Pegaso, celeste animal, cuyo módico alquiler está reservado tan solo á los favoritos de las Nueve. Vedlos confundidos con el vulgo prosáico que llena los bancos de un coche de segunda, cajon de prosa velocifera, donde hacen su habitacion todos los tristes ruidos, y donde mora el fastidio, alimentado por la triste conversacion de los trenes.

El poeta entra en el coche, cuelga su paraguas sobre la red, pone entre las piernas su saco de noche, lo abre, se quita el sombrero, saca un gorro, se lo pone, coloca despues el sombrero, que es de felpa y cuenta tres años de laborioso servicio, en la red, donde yace el paraguas, que perdió el puño en las emociones de una noche de estreno; despues cierra el saco de noche, guarda la llave en el bolsillo, hace un esfuerzo y levanta su equipaje hasta ponerlo donde reposa el sombrero; despues se acomoda en su sitio, se cala el gorro hasta donde lo permite su capacidad, abre la boca medio palmo, bosteza homéricamente, cierra los ojos y su espíritu remonta el vuelo á las mas puras regiones del sueño: el poeta se duerme, y en sueños ve un pensamiento (flor) de oro del tamaño del Escorial.

Aquel es el premio ofrecido por la junta del certámen barcelonés. Nuestro poeta ve desde el rincon de su coche de segunda el noble senado de los jueces que le adjudicarán el premio. Le parece que la ovacion de que va á ser objeto llenará toda la tierra, y que el eco de su nombre llegará lo mismo á las orejas de los que beben las turbulentas aguas del Amazonas, que á las de los que apacientan sus ganados en las verdes orillas del Ganges.

No encontrareis ninguna lira entre los adminículos que constituyen el equipaje de nuestro poeta, el del coche de segunda. Tan solo puedo decir que en la mas profunda cavidad de su saco de noche yace un enorme manuscrito, celestial depósito de conceptos poéticos que enaltece y honra el convoy de que forma parte.

Examinad el rostro del poeta dormido, no junto á la serena fuente Castalia, sino en el oscuro rincon de un coche de segunda; examinad el cuerpo del poeta recostado allí con la augusta inmovilidad de la estatua. Su rostro no está sombreado por sedosos y rizados cabellos, sus ojos (supongamos que no duerme), sus ojos no tienen esa tranquila y solemne expresion que da el cultivo del arte clásico, ni tampoco presentan el aspecto ojeroso, estraviado, calenturiento del párpado romántico. Unas patillas de color bermeja limitan por Oriente y Occidente su rostro redondo, coloradote, surcado por dos arrugas, que no indican misantropía, ni *delirium tremens*, ni desden filosófico, ni pesimismo extravagante; sino que son simplemente un efecto cutáneo de las contracciones de rostro que produce el hábito inveterado y perenne de buscar rimas.

La cara de nuestro poeta, dormido en brazos de todos los genios y de todas las hadas que pueden re-

volotear en torno de los rails que unen á Getafe con Zaragoza, es una cara que pudiera ser propiedad inmueble de un empleado de dicha vía, de un cartero matritense, ó de otro cualquier individuo poco favorecido de las musas.

Sin embargo, es un poeta, un poeta provinciano, que ha dejado los lares manchegos para asistir al gran certámen poético de la culta Barcelona. Durante treinta años ha vivido entre las apacibles sementeras, lleno de ilusiones y de esperanzas, compartiendo las horas de su combatida existencia entre las cuentas de la paja y del trigo que ofrecen las heras, y su exigua biblioteca, que consta de un tomo de versos de Zorrilla y dos ó tres números de aquellos Semanarios poético-optimistas que Madrid regalaba á las provincias hace quince ó veinte años.

Dar idea de las gavillas de alejandrinos, de los haces de redondillas, de las colmadas trojes de romances que guarda en su maleta-granero el poeta de la Mancha, es empresa imposible. Dejémosle dormir blandamente arrullado por el vaiven de la gran máquina que vuela impelida por el soplo de la musa de nuestro siglo, el vapor. Dejémosle que le arrulle la esperanza y que le den suave sopor las fantásticas perspectivas del próximo certámen, del triunfo que piensa adquirir, del par de mulas que piensa comprar con los beneficios positivos que su triunfo le debe proporcionar.

Va á los Juegos florales. ¡Feliz mortal! Romper canas en un inocente certámen de poesia, ¿no es hoy la última espresion de la felicidad? ¡Fortunate nate!

* *

No es malo el Juego floral, las estrepitosas córtés de amor, que, segun se dice, van á celebrar las grandes potencias europeas. Mientras Barcelona dice: *Poesía*, Berlin y París dicen: *Guerra*. Pronto se oirá el agradable sonsonete de las rimas del Chassepot, que recita no sé cuántos versos por minuto. Parece que Napoleon está decidido: se asegura que va á pronunciar un discurso muy belicoso, un discurso... de aguja, despues del cual la guerra es segura. Lo cierto es que si las sociedades civilizadas continúan cargando por la recámara, pronto nos encontraremos todos los humanos sin cabeza donde poner el sombrero, como dice oportunamente uno de los personajes mas enfáticos que ha creado Zorrilla. Si los rusos y los prusos, los austriacos y prusiacos (así dice un inglés españolizado que yo conozco) continúan perfeccionando sus instrumentos de guerra, llegaremos al ideal de Nerón; es decir, si no tiene el género humano una sola cabeza para cortarla, disparará un fusil en un minuto tantos tiros como cabezas tiene la humanidad, lo cual da el mismo resultado.

* *

¿Qué español existe que no haya presenciado el característico espectáculo que ofrecen dos criadas, dos verduleras, dos maltronas del Rastro, cuando se declaran la guerra, y despues de algunos elocuentes *pourparlers* (perdon por la palabra), se embisten, chillan, se tiran de los pelos, se abofetean y ruedan por el arroyo con gran algazara? Pues figúrense ustedes tres mil harpías, tres mil demonios femeninos de la peor especie, gritando en coro, riendo, dando al viento las destempladas voces y agitando los brazos con todo el furor nervioso de un histérico de fuerza de treinta mil caballos, y tendrán una idea aproximada de las travesuras de nuestras amables cigarreras, á quienes la belleza de la estacion parece haber quitado las ganas de trabajar. Temible enemigo es un ejército francés ó pru-

siano, armado con fusil de aguja y cañon Armstrong; pero este enjambre zumbon producido por la efervescencia de tres mil ejemplares del sexo bello y chillon por escelencia, es cosa que pondria en un apuro al mismo Napier.

¿Qué hacer contra tan molesto enemigo? Dejarlas chillar y aplicarlas la irrigacion de una manga del agua del Lozoya para refrescarles los nervios, causa principal de sus parasismos de rabia.

* *

En los teatros de Madrid se ha verificado la evolucion que es natural en esta temporada. El Principe se cierra, comienza la época próspera de los teatros veraniegos, de los dramas saturados de agua de limon, de las emociones *con opcion* á un azucarillo. El arte necesita en esta época tomar por compañero al fresco. Es la época en que los sentimientos que en un teatro se esponen á la accion irritante de una escena de Camprodon necesitan templarse sábiamente con la propiedad antiflogística de una horchata de chufas.

Tambien es la época de los circos ecuestres. Obsérvese cuán curiosa es la transicion que lleva á nuestros teatros de los *Bufos* á los *clowns*. Ya estamos en plena etapa ecuestre. El que quiera ir á aburrirse una noche al paseo del circo del Principe Alfonso, verá lo que ha visto todos los años, desde que la arquitectura levantó aquel templo sacro de la cabriola.

Han vuelto las yeguas inteligentes, los acróbatas académicos y los payasos descoyuntados. Se asegura que tendremos unos perros sapientísimos, y unos monos que honran á la raza bimana por la paciencia y el talento con que los educó. No faltan mas que los leones trágicos de Batty y los elefantes bailarines de Price.

Por si ustedes no lo han notado, les diré que junto al antiguo circo se está construyendo otro, que será rival y complemento del primero. Estando tan cerca el uno del otro, y ofreciendo cada cual en sus carteles iguales prodigios de gimnasia y habilidad, vacilaremos mucho tiempo sin saber á cuál... no ir.

B. PEREZ GALDÓS.

TEATROS.

Dios, Patria, Rey.

Es el caso, señores, que una noche se reunen en un café dos jóvenes escritores de talento, autores, de obras cómicas el uno, y de dramas románticos el otro. Hablan del tiempo, de literatura, de política, de cuanto les ocurre, tejiendo así una de esas conversaciones á retazos de mil colores, en las que se acaba por tratar de todo, por no haber ganas ni tiempo para tratar de nada. De pronto uno de ellos esclama:

—¡Hombre! el sábado de la semana que viene es el Dos de Mayo.

—Ciertó. ¿Sabes que podíamos haber escrito un drama patriótico?

—Buena idea. ¡Lástima que no nos haya ocurrido antes! Porque ahora, aunque quisiéramos, no tenemos tiempo para pensar siquiera el argumento.

—Sin embargo...

—¡Bahl! ¿cómo quieres que en estos pocos dias...?

—Mira, añade el poeta cómico, yo tengo ideados unos cuantos tipos que podian servirme muy bien para una comedia. No son muy originales que digamos; pero ¡qué diablo! procuraría presentarlos con gracia, y se aplaudirian de seguro. Un sacristan patriota, decididor, alegre, y un tanto travieso. Cobarde y devoto

de Baco no hay que añadirlo; *cela va sans dire*, como dicen nuestros vecinos. Además, una dueña indulgente, guardadora de secretos amorosos, doncella de cincuenta años, compañera perpétua y eterna consejera de su ama. Y luego si el caso lo requiere, un par de mezos graciosos que completarán el cuadro con sus ocurrencias.

—Pues yo tengo pensado, hace tiempo, una situación que en un drama como este, vendría que ni de molde.

—¿De buen efecto teatral?

—Segurísimo. Juzga por tí propio. Un joven amante de su país, generoso, valiente, de familia...

—Le pondríamos de familia ignorada. Esto excita el interés desde el principio.

—Sea de padres desconocidos, si te empeñas. Este joven que podría llamarse Gabriel, ama con delirio á una linda niña á la cual no habria inconveniente en dar el nombre de Inés. El padre de esta, D. D. Diego, si te parece, es afrancesado y conspira en secreto contra su patria en un conciliábulo del que es presidente. Tienen unos cuantos españoles arrojados, conspiradores tambien en sentido contrario, noticia de esta reunion por casualidad, por un descuido, por...

—Eso déjalo de cuenta de mi sacristan. El lo averiguará con alguna astucia de las suyas.

—No hay inconveniente. Saben, como digo, este complot y deciden matar á su jefe, á quien nunca han visto la cara, en el momento de acudir á presidir la sesion. Abandónase á la suerte el encargo de señalar el agresor, y esta se decide por Gabriel. Armado el joven del puñal homicida, espera á la puerta de la logia la llegada de la víctima, y entonces se entabla en su corazon una terrible lucha de afectos. De una parte su conciencia le prohíbe cometer un traidor asesinato; de la otra sus compañeros se lo mandan, ha jurado hacerlo y la patria parece que se lo exige. Despues de una larga vacilacion, conoce Gabriel que la salvacion de la patria no puede de ningun modo conquistarse con un crimen, y se resuelve á obrar como hombre honrado y leal; va á renunciar á su propósito, va á huir de aquel sitio, cuando se oye la señal y aparece el afrancesado que se dirige lentamente á la casa en que trama sus iníquos planes. Entonces el joven varia de pronto de propósito, comprende que aquel delito es ya inevitable y recuerda que sus compañeros esperan fiados en sus juramentos. Mas al ir á realizar su odiosa mision, reconoce en aquel hombre que la desgracia coloca en su camino á D. Diego, al padre de su amada, al que le ha educado y protegido desde su infancia; y lanza un grito de horror, y arrojando lejos de sí el arma homicida, huye precipitadamente.

—¡Soberbio final! Aceptado. Con esto y algunas escenas cómicas que me encargo de intercalar, tenemos hecho el acto primero.

—Pero ¿y luego?

—Luego debíamos seguir la accion esmerándonos en encontrar situaciones interesantes y nuevas.

—Ahí está el *quid*. Ahora no me ocurre nada con que poder continuarla que no sea vulgarísimo, y lo malo es que no tenemos tiempo para andarnos reflexionando.

—¿Y qué vamos á hacer?

—¿Qué sé yo! Por mas que rebusco en mi memoria no encuentro nada que pueda aprovecharse. Si en vez de ser un drama patriótico, se tratara de un drama romántico, entonces sí que podia utilizar una idea muy poética que aun no se ha presentado en el teatro. Se parece algo á una leyenda de Zorrilla; pero no importa: pondria bonitos versos y se olvidaria la letra con la novedad de la música. Una joven víctima de amores contrariados, muere y es enterrada en el jardin de un convento. Sobre su sepulcro crece una erguida pasionaria.

—¡Hombre! ¿por qué no otra flor en vez de esa? Acuérdate de Zorrilla.

—Esta es la mas apropiada, por la bellissima significacion que hasta su mismo nombre encierra. Continúo. El amante medio loco, llega al jardin por ca-

sualidad, y sin poderse explicarse el motivo, se enamora de aquel sitio y, sobre todo, se prenda ciegamente de la triste pasionaria. Decide vivir siempre allí, al lado de su querida flor; y por fin, un día la tierra se abre y tras de la pasionaria aparece una sombra, que le dice que es el alma de su amada, y que ha estado cerca de él esperando el momento oportuno de revelarle algun secreto importante...

—Por ejemplo, aplicándolo á nuestro drama y siendo los amantes Inés y Gabriel, declarar á este cuáles son sus padres y decirle algo inesperado... que es su hermano, verbigracia; y que por lo tanto, D. Diego, que por casualidad se encuentra allí, es su padre. Y á tal revelacion se abrazan los dos y olvidan sus antiguos odios, que es lo que el alma de Inés deseaba al permanecer aun en el mundo.

—Enseguida, la sombra se despidе de aquellas dos personas amadas y se eleva al cielo.

—¿Y sube? ¿Cómo te arreglarás para hacer elevarse en los aires á la primera dama?

—Aunque dice que sube, baja por escotillon, y el público la perdona esta libertad en gracia de las dificultades del camino.

—Pues está dicho: ese será el final de nuestro drama.

—Pero, ¿no ves que es impropio de una obra patriótica?

—¿Qué importa? Puede que esa misma variedad agrade al público. Tenemos hechos, por consiguiente, el acto primero y el tercero. Nos falta solo el segundo.

—¿Conque persistes en tu manía?

—Por supuesto: el acto segundo se llena fácilmente. Unos cuantos diálogos de manolos...

—Y despues una larga conversacion en que el padre da á escoger á Gabriel entre su hija y la patria.

—Una cancion popular acompañada de una guitarra.

—Uno ó dos discursos patrióticos dirigidos á inflamar las masas.

—Sin olvidar por de contado algunos rasgos de heroismo y abnegacion de Gabriel.

—Descargas, gritos, alboroto y otros escesos.

—Perfectamente: ya no hace falta mas: acto completo.

—Pues entonces manos á la obra, y repartámonos el trabajo.

Y algunos dias despues se estrena en el teatro del Circo el drama en tres actos *Dios, Patria, Rey*. La historia de esta produccion podrá muy bien no ser la que acabamos de referir, pero despues de haberla visto, cualquiera confesará que si no lo es, por lo menos merece serlo.

Solo obras concebidas y escritas así, pueden tener como esta un acto primero bueno y meditado con detencion; al que sigue un acto segundo patriótico, desentonado y falto de plan y de novedad; despues del cual viene uno tercero, sorpresa completamente inusitada, porque en él se salta nada menos que desde la realidad de la lucha por la patria, las voces, los tiros y los ruidosos cañonazos, á la region idealísima de las voces angélicas, las sombras, la metempsicosis y los amores de ultra-tumba.

Lástima nos causó, por cierto, ver á los pobres autores víctimas de elementos tan heterogéneos, corriendo desesperadamente durante la representacion tras de las escenas y los actos, para tenerlos cogidos y evitar que cada uno se marchara por su lado, cual si fuesen una bandada de pájaros de todas clases, atados con hilos al tronco de un árbol.

El público ha visto este drama, indeciso entre aplaudir por algunos notables rasgos y por su forma correcta, ó desaprobando por su falta de unidad, á la que se agregan lo vulgar de la accion, y sobre todo cierta apariencia de *avalancha* anexionista que toma en su rápida carrera todo lo bueno y lo malo que encuentra en el camino. Al fin se ha decidido por un término medio y ha guardado silencio.

Creemos, sin embargo, que esta fria acogida no habrá estrañado á sus jóvenes autores Valcárcel y Gra-

nés, porque ambos tendrán, de seguro, el buen gusto de no conceder importancia alguna á este verdadero *in promptu* literario.

* *

Y no hablemos una palabra mas del aluvion de dramas patrióticos representados en esta semana. Contentémonos con dedicar un recuerdo cariñoso á los infelices comparsas, víctimas obligados, que al fin habrán podido ya respirar jadeantes de cansancio, despues de ocho dias de sostener encarnizados combates, disparar fusiles, esgrimir sables, correr entre bastidores, repartir tajos y mandobles y caer muertos ó heridos.

En cuanto á lo demás, aun nos parece escuchar en boca de un héroe una de esas baladronadas eternamente aplaudidas, por el estilo de la que sigue:

Que Francia entera no vale
lo que vale un español,

ó como esta:

Yo solo venzo á ese pueblo
de cobardes y asesinos.

Y no queremos recordar nada mas. Obras como estas deben respetarse por lo recto de la intencion; y el único medio de respetarlas es no decir acerca de ellas una palabra.

EMILIO.

GALERIA DE FIGURAS DE CERA (1).

XIV.

MORENO NIETO.

Un detenido exámen de la figura XIV de nuestra galeria me ha confirmado mas en mis estrañas opiniones sobre la densidad literaria y científica de ciertos espíritus, en relacion con la longitud y latitud corporal de los diversos ejemplares fisiológicos en que aquellos espíritus se encuentran admirablemente encerrados. Quiero decir que he sostenido y sostengo que existe un equilibrio providencial entre las dos esenciales partes que constituyen la naturaleza de un individuo; que las cantidades imponderables (pero cantidades al fin) que indican el valor numérico de los tesoros del pensamiento, se hallan proporcionalmente relacionadas con los quilates de albumina, fibrina, gelatina, etc., que forman en el mundo ese quintal viviente que se llama hombre.

No se me citen escepciones; ya sé que hay materialistas delgados, ligeros y diáfanos como mariposas; ya sé que hay místicos tan obesos y pastosos como el gran epicúreo de la naturaleza, el animal doméstico, cuyo nombre no me permitiré pronunciar.

¡Cuánto nos preocupa el aspecto de las personas! ¡qué importancia damos á la fachada de las construcciones humanas y qué bien inducimos la distribucion y forma interiores! Por la luz que resplandece en las dos claraboyas simétricas de una cara, venimos en conocimiento de la lucidez de los aposentos intelectuales; y cuando fijamos la atencion en el cimborrio cerebral y examinamos la depression ó abultamiento de la bóveda, la mayor ó menor solidez con que se arraigan en ella los caballos, la forma que estos adoptan en su caprichoso desarrollo, la interpolacion pintoresca de algunas canas, etc., adquirimos una buena cantidad de datos para llegar al mas exacto conocimiento de la configuracion intelectual del individuo.

No quiero estenderme en consideraciones sobre la importancia y significacion antropológica de la nariz, cuyas líneas, color y volumen, ofrecen una riquísima serie de símbolos elocuentes, dignos de profundo estudio. Inútil seria consignar aqui la necesidad que sentimos de una buena triangulacion de las frentes y de un buen cuadro comparativo de las dimensiones de la boca en todos los grandes hombres que ha producido nuestro linaje.

Ahora lo que me falta decir es que todo este preámbulo es perfectamente inútil en este artículo, salva la vaga aplicacion que de él puede hacerse en el exámen de nuestra figura XIV. Nuestra teoria del equilibrio y simetria de las dos esenciales partes de la naturaleza nos ahorra mucho trabajo. Describimos al individuo y

(1) FIGURAS DESCRITAS.—Frontaura, Ferrer del Rio, Hartzenbusch, Bardon, Aguilera, Ayala, Castro, Moron, Amador de los Rios, Mesonero Romanos, Balart, Garcia Gutierrez, Florentino Sanz.

dejamos al lector toda la molesta deducción de aptitudes, de facultades, potencias, creaciones, etc.

Moreno Nieto es un hombre cuya cabeza se eleva cuatro pies del suelo, sobre un cuerpo delgado y flojo, de esos cuerpos indolentes que al sentarse se adaptan perfectamente á la forma del mueble que los sirve de apoyo: cuerpos que tienen la singular habilidad de hacer de cada silla un lecho, y que construyen con las manos, con los brazos, con los espaldares de las sillas vecinas, con un libro, con todo lo que les rodea, una especie de andamiada para sostener la cabeza, y estirar la pierna para reposar el codo ó dar apoyo á la espalda; en fin, para realizar la inercia corporal en su mas alta y aventurada utopia.

La cabeza ofrece rasgos muy característicos. Una frente muy abultada en que se determinan dos vastas protuberancias simétricas consume las dos terceras partes de la superficie que la naturaleza le ha dado para rostro. En el último limite de esta frente nace con seguras raíces un pelo espeso y largo, una lana de color mas bien negro que rubio y que cae hacia atrás, formando uno de esos apéndices capilares que el tecnicismo barberil clasifica en la respetable categoría de las medias melenas. La calvicie de esta cabeza es puramente frontal, porque la inmensa llanura de la frente pierde de día en día los mechones mas robustos de su lindero, y va talando metódicamente la selva vecina, agrandándose con la insolencia invasora de las calvas.

La nariz de esta cara no es una maravilla de escultura, dicho sea en honor de la verdad. Tiene la singular propiedad de ser invisible á larga distancia, si bien ofrece el aspecto de una ligera prominencia cuando se contempla al individuo de frente y de perfil. Mirado de este modo, el rostro no deja de tener cierta apariencia griega, apariencia que se disimula perfectamente mediante un bigote rubio que adorna aquellas regiones. La viruela ha marcado este rostro, que con la accion de esta odiosa enfermedad parece tallado á pico en piedra no muy fina. Al conjunto de este semblante va perpétuamente añadido, como una parte casi esencial, un cigarrillo de papel, cuyas graciosas espirales de humo rodean la cabeza, haciendo el efecto de esas nubes azuladas que en los cuadros antiguos sirven de fondo á la cabeza de un Santo Padre.

Os he descrito al Moreno Nieto de la calle de la Biblioteca, del Ateneo, el que veis dando vueltas en esa misma Biblioteca, recorriendo de arriba abajo sin cesar un espacio de diez pies como un leopardo enjaulado; pero no es facil describir al Moreno Nieto de la cátedra de ese mismo Ateneo ó de la cátedra de la Universidad. Este mirmidon nervioso necesita para estimular su prodigiosa elocuencia ó para regularizar sus movimientos declamatorios, una silla en que apoyar su cuerpo indolente y en que descargar frecuentes y duros golpes, desahogo oratorio que es indispensable á los hombres de tribuna.

Cuando nuestra figura XIV toma posesion de su pedestal é improvisa con su silla un parapeto tribunicio, es cosa de ver cómo se anima y exalta, cómo emite los periodos de su elocuencia, viva, vehemente, apasionada, rica en la diccion y contundente en la lógica. Principia con una entonacion plañidera, elocuencia dulce de un alma dolorida, voz apagada y triste de un cuerpo enfermo; pero á medida que el orador se va apoderando de su asunto; cuando su palabra entra en calor, digámoslo así; cuando la combustion interior se aviva, por un singular fenómeno, con los frecuentes sorbos de agua azucarada, aquella entonacion se vigoriza, adquiere la palabra una celeridad que desafía el mas sutil procedimiento stenográfico, y sin que esta rapidez perjudique á la claridad de la frase ni á la correccion gramatical, el orador llega al apogeo de su tesis, apogeo en que reúne todos los poderosos recursos de su elocuencia, los dirige en tropel; y, ya fortalece con ellos su admirable teoria, ya los descarga sobre su antagonista, el materialismo. En estos momentos de exaltacion oratoria, los apóstrofes mas vehementes alteran con ciertos arranques contemplativos, hijos de una rica fantasia.

Este misticismo vibra con sonos melancólicos en la voz del orador y adquiere entonacion robusta en el apasionado disertar del filósofo. Es orador que maneja todas las armas del mas seguro razonamiento; pero su temperamento impresionable necesita otra cosa: se le ve decaer, indolente el cuerpo y cansado el espíritu. De pronto una corriente nerviosa da animacion á aquel hombre, su palabra se eleva á un diapason mas vehemente, adopta todas las formas del sentimiento, y entonces el

orador se ha completado. Es la palabra del libre pensador moderno, animada y fortalecida con un destello del sublime espíritu de Santa Teresa.

ELEONORA.

POR EDGAR POE.

(Conclusion.)

La pobre niña habia visto el dedo de la muerte colocado sobre su seno, y como la efimera fugitiva, presentia que el último grado de perfeccion de su belleza, apareceria la víspera de su muerte. Sin embargo, los harrores de la muerte se reducian para ella á un solo pensamiento fijo que me reveló un día con el rostro iluminado por la tibia luz crepuscular, en las apacibles márgenes del rio del Silencio.

Únicamente la afligia pensar que despues de haberla enterrado en el valle de Gazon Diapré abandonaria yo para siempre aquella querida comarca, y entregaria mi amor, que en aquel momento no era mas que para ella, á cualquier otra mujer inconstante y vulgar. Al oír esto, arrojábame precipitadamente á los pies de Eleonora, y la juraba á la faz del cielo, que si ella me faltaba, nunca contraeria matrimonio con una hija de la tierra, y que jamás ni bajo ninguna forma seria infiel á su querido recuerdo y al tiernísimo afecto con que me habia correspondido. E invocaba al Todopoderoso, regulador del universo, como testigo de la piadosa solemnidad de mi voto; y añadía, que si llegaba á ser perjuro, consentia en que él, el Soberano y ella, una santa del Paraíso, me confundieran con un castigo tan prodigiosamente horrible, que ni siquiera me atrevo á confiarle al papel.

Oyéndome hablar así, Eleonora mostraba en sus ojos un vivísimo resplandor, suspiraba como si se librara su pecho de un peso mortal, y temblaba y lloraba amargamente; pero al cabo concluía (¡pobre niña!) por aceptar mi juramento, encontrando así mas dulce y amoroso su lecho de muerte.

Pocos dias despues, al espirar pacíficamente, me decia, que á causa de lo que habia hecho para tranquilizar su espíritu, ella velaria por mi aun despues de muerta con ese mismo espíritu, enamorado como nunca; y que si la era permitido, bajaria á hacerse visible ante mis ojos en las sombras de la noche; pero que si esto no era licito á las almas del Paraíso, sabria darme frecuentes señales de su presencia suspirando á mi alrededor en las brisas de la tarde, ó empapando el aire que respirara en el perfume robado al incensario de los ángeles. Y con estas palabras entre los labios, se eclipsó su inocente vida, marcando con su último suspiro el fin de la primera época de la mia.

Hasta aquí he sido exacto en mi relato. Pero en cuanto traspongo esta barrera, que en el camino de mi existencia marca la muerte de la amada de mi corazón, siento mi cerebro anublado por un espeso vapor, y hasta casi dudo de mi mismo. Continuaré, sin embargo.

Pasaron lentamente los años, uno á uno, y yo seguí viviendo en el valle de Gazon Diapré. Pero en todo lo que me rodeaba habia sobrevenido un extraño cambio. Las flores salpicadas de colores se hundieron en el tronco de los árboles y no volvieron á aparecer. Los variados matices del musgo se desvanecieron: uno á uno se marchitaron los asfodelos, y salieron en su lugar multitud de tristes violetas. La vida se alejó de mi camino; el gran engendrador de la luz y el fuego no ostentó ante mi otra vez su rico plumaje de escarlata, y le vi elevarse lentamente del valle hasta las montañas con todos los alegres pájaros que le acompañaron á su venida. Los peces de plata y oro huyeron nadando, y desaparecieron por la garganta en que se perdía nuestro querido rio del Silencio, al que ya nunca volvieron á visitar. La acariciadora música que escuchábamos, mas dulce que el arpa de Eolo, se estinguió poco á poco en espirantes murmullos, que fueron gradualmente debilitándose hasta que las aguas del rio volvieron á su solemne silencio primitivo.

Finalmente, la voluminosa nube que nos envolvía se levantó por encima de las crestas de nuestras montañas y fué á perderse entre las tinieblas de las regiones del Hespero, arrebatando al valle de Gazon Diapré aquel fugitivo destello de esplendor y magnificencia.

Sin embargo, Eleonora no habia olvidado sus promesas, y hacia oír de vez en cuando cerca de mi el vago balanceo de los angélicos incensarios: efluvios de celestial perfume flotaban siempre por la estension del valle; y en mis momentos de soledad, cuando el corazón latia violentamente, los vientos que me oreaban el rostro llegaban hasta mí, cargados de dulcísimos suspiros; murmullos confusos se agitaban en las áuras de la noche; y una vez—¡oh! no fué mas que una vez— me desperté de mi sueño, parecido al de la muerte, por el contacto de unos labios inmatereales que se apoyaban en los míos.

Mas, apesar de todo, el vacío de mi corazón no podia llenarse. Suspiraba ardientemente por el amor que ya en otro tiempo le habia llenado hasta desbordarse. Con el tiempo el valle impregnado de recuerdos de Eleonora se me hizo insostenible, y le dejé por las vanidades y los tumultuosos triunfos del mundo.

Hallábame en una ciudad extranjera, donde todo parecia empeñarse en borrar de mi memoria los dulces sueños que por tanto tiempo me habian acariciado en el

valle de Gazon Diapré. La pompa y el aparato de una corte espléndida, el delirante resonar de las armas y la resplandeciente belleza de las mujeres, todo embriagaba y desvanecía mi cerebro.

Pero hasta entonces, mi alma habia sido fiel á mis juramentos, y en las silenciosas horas de la noche no cesaba de presentarse á mis ojos Eleonora. De pronto, estas apariciones terminaron, y el mundo se me presentó triste y sombrío, y me espanté de los horribles pensamientos que surgieron en mi mente, y de las invencibles tentaciones que rodearon á mi corazón.

Si: desde una comarca muy lejana, quizá desconocida, fué á la corte del rey, en que me encontraba, una joven, cuya soberana belleza aprisionó mi espíritu apóstata, y me prosterné delante de su altar, sin la menor resistencia, con la mas ardiente y al mismo tiempo la mas abyecta idolatria de amor. ¡Qué habia si lo cierto es mi pasión por la joven inocente hija del valle, comparada con el fervor, el delirio y el éxtasis arrebatador con que arrojé mi alma deshecha en lágrimas á los pies de la fantástica Ermengarda? ¡Oh! ¡Cómo adoraba á la seráfica Ermengarda! Y esta idea fija no dejaba en mi alma lugar para ninguna otra. ¡Oh! ¡cómo me fascinaba la angélica Ermengarda! Y al hundirme en las profundidades de sus ojos, impregnados en vagos recuerdos, no sabia soñar mas que en ellos... ¡y en ella!

La hice mi esposa, y no temí la maldicion que habia invocado, y no recibí la amarga y dolorosa visita del afligido ángel de mis pasados amores. Y una vez, una sola vez, en el silencio de la noche, me desvelaron unos dulces suspiros, que á través de las celosías de mi ventana se modularon en una voz deliciosa y conocida, que me decia:

«Descansa en paz! El espíritu de amor es el soberano que domina y juzga; y al admitir en tu apasionado corazón á la que tiene por nombre Ermengarda, quedas dispensado, por motivos que te se revelarán en el cielo, de tus juramentos de fidelidad á Eleonora.»

SALA DE VARIOS.

—Vamos á ver, ¿cuál de los personajes de mi drama te gusta mas?

—El sereno que sale en el segundo acto.

—Pero hombre, ¡si es el único que no habla!

—Precisamente por eso; á mi siempre me han gustado los hombres prudentes.

* * *

—Compadre, ¿estuvo usted ayer en los toros?

—Hombre, sí.

—¿Y qué tal, fué blando el *ganao*?

—Yo no sé si el *ganao* era blando ó no era blando, lo que puedo asegurar es que los *picadores* fueron bastante duros.

* * *

El flamante marqués del Avispero jugaba al *ecarté* con su cocheró; y su esposa, una dama de alto rango, bailaba con toreros el fandango. Aquí, lector, veremos cómo en todo se tocan los extremos.

* * *

La *R generacion*, en su último número, habla mal del pueblo británico y de su gobierno.

Darnos la enhorabuena á la Inglaterra y á los ingleses.

* * *

Desde que el mal pensamiento tuve de hacerme escritor, que no disfruto un momento de reposo, no señor.

Si digo que D. Toribio, que es un actor de *camama*, estuvo en la escena tibio representando tal drama, por mas que nada exajero y relato lo que vi, ofendido el majadero, quiere calentarme á mí. Pero si alabo á Colombo porque me parece bien, de fijo no falta quien diga que aquello es un bombo.

Si á una empresa doy matraca
porque eligió sus actores
entre todos los peores,
me retira la butaca;
mas si la alabo y pondero
entonces esto varia,
la butaca será mia,
y yo seré... alabardero.

Si de una actriz digo mal,
no faltará algun bodoque
que la espada ó el estoque
medir quiera en el canal;
mas si por mi suerte negra
hago elogios á una actriz,
aunque esto no es un desliz,
tengo bronca con mi suegra.

Si escribir quiero un artículo,
que pase como otros cien,
á nadie parece bien;
todos lo encuentran ridiculo.

Ved si con tantos disgustos
puedo quejarme de vicio
al decir que en este oficio
no se gana para sustos.

* * *

En verdad os digo, lectores míos, que el mayor disparate que puede hacer un hombre en este mundo, es morir ó dejar que le maten.

Ejemplo de esta verdad es el pobre Teodoros que, despues de haber hecho frente como un bravo á los cañones Armstrong del audaz Napier, muriendo á la cabeza de sus mal armadas tropas, es hoy objeto de todo género de burlas en prosa y verso.

Hay quien le llama salvaje y hasta antropófago, y lo cree como lo dice. Así se escribe la Historia.

Pues han de saber ustedes, si es que no lo saben ya, que los abisinios son el único pueblo de Africa que ha resistido á la invasion musulmana, y el único tambien que pertenece á la religion católica. A cada uno lo suyo.

Vean ustedes si puede hermanarse la antropofagia con el cristianismo, y si no se les alcanza esto, tómense ustedes el trabajo de sacar la consecuencia que de aqui se deduce.

* * *

Un picador famoso en el toreo
perció de una coz en Rivadeo,
y el Tío Cándido dijo en son profundo:
¡Así acaban las glorias de este mundo!

* * *

El Pensamiento Español publica en su número del viernes un artículo destinado á probar que es un absurdo desear que en toda España se hable la lengua castellana. Segun el colega neo, lo que conviene es que los catalanes hablen catalan, los gallegos, gallego y los vascos, vascuence, es decir, que nadie se entienda en este bendito pais.

Ya sabemos hace tiempo que el bello ideal de estos señores consiste en que no haya entre nosotros uno que sepa lo que se pesca.

* * *

Un habitante del celeste imperio
pegóce un tiro, y se murió muy sério;
y una jóven de Palma de Mallorca
mató á su novio, y concluyó en la horca.
Refran es sempiterno
que por caminos mil se va al infierno.

* * *

Conocida es la historia de aquel soldado á quien el emperador Pablo I encontró un dia en un camino, y cuyo aspecto hubo de agradaarle.

—Subid á mi coche, subteniente, le dijo.

—Señor, yo soy soldado.

—El emperador no se equivoca nunca, capitán.

—Obedezco, señor.

—Muy bien, comandante, sentáos junto á mi; hoy ha-
ce un dia magnífico.

—Señor, no me atrevo...

—¿Qué dice el coronel?

Desgraciadamente el emperador tenia que volver

aquel dia temprano á palacio; si su paseo hubiera durado algunos minutos mas tan solo, su compañero improvisado de camino se habria encontrado con que era feld mariscal; aquel favorito de un cuarto de hora tuvo que contentarse por falta de tiempo con ser general mayor.

Verdad es que algunos dias despues el pobre diablo á quien el emperador encontró en las mismas circunstancias y á quien invitó al mismo paseo, se vió condenado á sufrir en sentido inverso la misma serie de caprichos, y á bajar en media hora de grado en grado, desde su titulo de general mayor al rango de soldado raso.

Pablo I renovaba frecuentemente estas locuras. Una mañana pasaba revista al regimiento de caballeros guardias, del cual estaba disgustado.

—¡Uno á uno! gritó con el mismo acento que si hubiera mandado una maniobra. ¡Al trote, por el flanco derecho, á Siberia, marchen!

Y el regimiento entero, con sus oficiales á la cabeza, se puso en camino para dirigirse á marchas forzadas á Siberia.

Afortunadamente el general Rostopchine pudo obtener la gracia de que se volviera desde la mitad del camino.

* * *

Creemos que leerán con gusto nuestros lectores los siguientes datos:

«Desde el dia 10 de octubre hasta el 2 del corriente mayo, se han dado en el teatro Real 156 funciones de abono y dos extraordinarias, en las que se han cantado 155 óperas y tres cantones. Las óperas que se han puesto en escena han sido las siguientes:

La Ebreá, 20 noches; Guglielmo Tell, 17; Rigoletto, 16; Gli Ugonotti, 12; Muta di Pórtici, 11; Fausto, 9; Traviata, 9; Favorita, 9; Lucía, 8; Sonámbula, 8; Elixir d'amore, 7; Poliutto, 7; Lucrecia, 7; Don Giovanni, 6; Un ballo in maschera, 3; Saffo, 2; Trovatore, 2; Maria di Rohan, 1; Norma, 1.

Resultando que se ha cantado: música de Donizzetti, 39 veces; de Verdi, 30; de Halewy, 20; de Rossini, 17; de Meyerbeer, 12; de Auber, 11; de Gounod, 9; de Bellini, 9; de Mozart, 6, y de Pacini, 2.

Los principales artistas han trabajado: la señora De Maesen, 49 noches; señora Majo, 27; señora Tatti, 26; señora Llanes, 24; señora Guadagnini, 22; señora Ronzi, 21; señora Penco, 15; señora Nantier, 11; señora Galletti, 5; señora Lafon, 3; señora Kennet, 2; señora Cortina, 1; Sr. Tamberlick, 93; Sr. Bonnêhee, 69; señor Naudin, 56; Sr. Atry, 56; Sr. Selva, 44; Sr. Várvaro, 31; Sr. Bartolini, 17; Sr. Nicolini, 8; Sr. Coulon, 3, y Sr. Palermi (como primer tenor), 1.

* * *

Una revista de Paris termina de esta manera original:

«Mr. Gaume acaba de publicar un libro, *La Historia del buen ladrón*. Derecho ha tenido para hacerlo.

Las historias de *Cartouche* y *Maudrin* corren por todas partes, y no sé por qué ha de tenerse en menos la del buen ladrón, cuya vida presenta probablemente particularidades interesantes.

Pero lo raro es que esta historia está dedicada al siglo XIX.

—¿Por qué?

Mr. Gaume nos lo dice:

—Porque el siglo XIX es un gran ladrón.

—¿Es posible? ¡Dios mio!

—¡Conque ya nuestros relojes no están en seguridad!

Que venga ahora el siglo XIX á hablarnos de sus trabajos, de sus descubrimientos en las ciencias y en las artes: ya te conozco, *gran ladrón!*

Todo lo que el siglo XIX puede alegar en su defensa, es que el siglo XVIII era un pilluelo y los siglos de la Edad media famosos bandidos.

Pero ¿es esta una circunstancia atenuante?

Si el siglo XIX fuese todavía jóven... ¡vamos! podia pasar; se achacaria á falta de discernimiento; pero á los 68 años este odioso viejo no tiene excusa de ninguna clase.»

* * *

Carulla ha llegado. El célebre Carulla, el infatigable suave, se halla al fin entre nosotros. Ayer le vimos, y á punto estuvieron nuestros ojos de derramar abundantes lágrimas de alegría. Nuestros brazos se estendieron há-

cia él, y un dulce ósculo quisimos imprimir en su sonrosada mejilla.

—Bien venido seas, héroe romano, le dijimos. Tus ilustres hazañas, tus preclaros hechos serán cantados por la musa castellana cuando llegue á conocer la virtud y la estension de ellos. Ese dia se bendicirá tu nombre y te se declarará hijo benemérito de esta noble patria. Las jóvenes, seducidas por la aureola de tu nombrada y de tu valor, cacrán de hinojos á tus pies pidiéndote una mirada de esos melifluos y picaros ojos con que las tienes flechadas.

Dos lágrimas como dos cerezas se desprendieron de ellos al llegar á este punto, y con voz presurosa y adelantado rápido, dijo:

—Vuestras cariñosas palabras me conmueven hondamente, y os aseguro, queridos amigos, que mi tajante espada cortará en adelante las maquinaciones revolucionarias de los españoles, como acaba de cortar las de los bellacos italianos.

Y hechándonos su paternal bendicion, se alejó dejándonos encantados.

SANTO DEL DIA.

Nuestra Señora de los Desamparados y San Antonio arzobispo de Florencia.

CULTOS. Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de religiosas de Santa Teresa.

BULSA.

COTIZACION OFICIAL DEL DIA 9.

Fondos públicos.

3 por 100 consolidado al contado, 34-00.

Idem á fin de mes, 33-95.

Idem á fin del próximo, 00-00.

Id. por 100 diferido al contado, 32-70.

Idem á fin del próximo, 00-00.

Amortizable de 1.ª clase, 37-50 d.

Idem de segunda, 17-50 d.

Deuda del personal, 25-40.

Bitetes hipotecarios, 99-00 d.

Carreteras y sociedades.

Emision de Abril e 4.000, 83-50.

Idem de 2.000, 88-00 d.

Idem de Junio, de 2.000, 93-70.

Idem de Agosto, de 2.000, 77-25.

Idem de Marzo, de 2.000, 70-00.

Idem de Julio, de 2.000, 73-00.

Obras públicas, de 2.00, 72-00 d.

Canal de Isabel II, 1.000, 103-00 d.

Obligaciones de ferro-carriles, 66-75

Idem nuevas, de 2.000, 65-80

Idem, id., de 20.000, 00-00.

Banco de España, 139-00 d.

Cambios extranjeros.

Londres 90 d. f., 49-75.

Paris, á 8 d. v., 5-17 d.

ESPECTACULOS.

NOVEDADES.—A las cuatro y media.—*El sitio de Zaragoza en 1808.*—*Dos de Mayo.*—A las ocho y media.—*La aldea de San Lorenzo.*

TEATRO DE VERANO.—(Circo de Paul.)—A las cinco.—*Un noble de nuevo cuño.*—*Las citas.*—A las nueve.—*L. N. B.*—*El vizconde.*—Baile.—*El niño.*

NUEVA INFANTIL.—(Carretas 14.)—A las cuatro y media (por niños.)—*Madrid y España.*—*Juana.*—*Un veterano español.*—*Las primeras lágrimas.*—A las ocho (por actores).—*Plaza sitiada.*—*Las hijas de Zaragoza.*—*Un tigre de Bengala.*—Baile.

PRINCIPE ALFONSO.—A las cuatro y media y á las ocho y media.—Variadas funciones de ejercicios ecuestres y gimnásticos.

GALLOS.—Circo de Santa Bárbara.—A las doce del dia—Grandes peleas.

FIGURAS DE CERA.—Coleccion compuesta de 60 personajes.—Colegiata, 3.—Entrada 2 rs.

PLAZA DE TOROS.—Quinta media corrida en la que se lidiarán seis toros de D. Joaquin de la Concha y Sierra, de Sevilla.—Picarán Calderon y Granda, y matarán el Tato, el Gordito y Frascuelo, y sobresalientes de espadas Mariano Anton.—La corrida empezará á las cinco en punto.

Editor responsable D. JOSÉ GARCÍA.

Madrid.—1868.

Imprenta de José M. Faraldo, Fomento, 18.